El Campo Grande cuando yo era niño

Cuando era niño íbamos al Campo Grande. La primera vez el estanque me pareció el mar Mediterráneo, y la barquita del Catarro, un trasatlántico perdiéndose en las lejanías. Las costas se me representaban el mismo paraíso terrenal, y las parejas eran Eva y Adán ocultos besándose entre la vegetación.

La Fuente de la Fama, con el ángel y la trompeta, el arcángel que viniera a anunciar la Buena Nueva del Hijo de Dios. Los pavos reales, las aves celestiales para deleite de sus moradores. Aquellos canales eran Venecia, llena de misterio y magia, donde todo rebosaba vida, paz y felicidad.

Al cumplir los veinte años el estanque me pareció un lago, el trasatlántico, una canoa, y las parejas que a veces saltaban al pie de la Cascada invitaban al deseo y al beso donde los sentidos se perdían al son del lloriqueo del agua. Los pavos reales, testigos mudos de los amoríos de parejas ensimismadas en caricias y arrumacos.

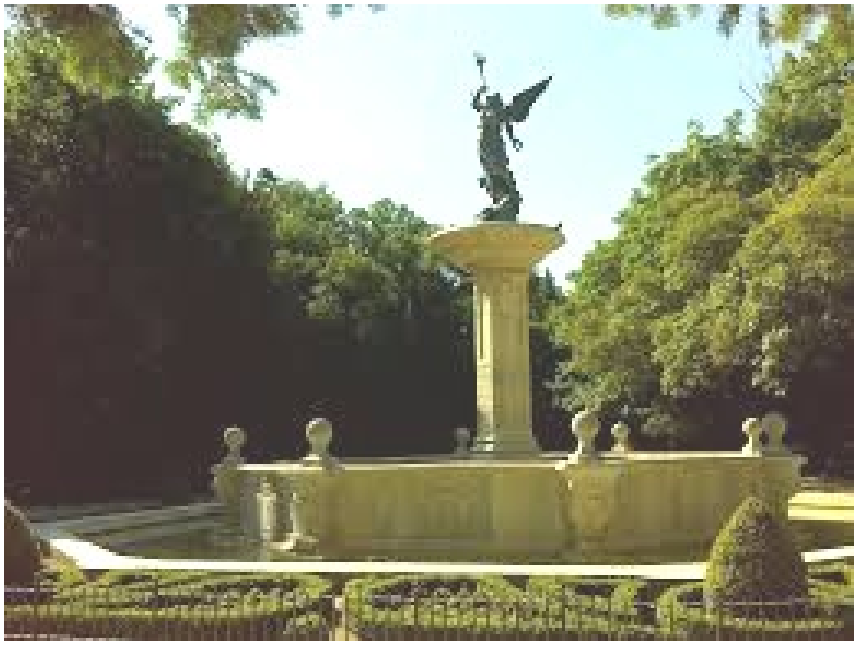
La Fuente de la Fama, con el ángel y trompeta, representa las futuras victorias siempre ganadas, creyéndome Alejandro Magno. Mi locura me hacía creer que nada ni nadie podría frenarme, ni siquiera la muerte, que para mí no existía o... ¡ yo no contaba con ella!

Han pasado muchos años, más de setenta. El lago ahora es un estanquito con una barquita infantil merodeando por las cortas orillas con pequeños ramajes donde ya no se ocultan las parejas. Ahora se besan a plena luz y ante la gente con la mayor naturalidad. El sexo no es ya curiosidad. Los pavos reales siguen siendo bellos, pero, lo mismo que la Cascada, han

perdido su magia. Cuando los pavos reales cantan parece anunciar malos augurios. Los otoños me hacían sentir paz y serenidad cuando planeaban las hojas en su caída, ahora me parece que presagian algo decadente, que su silencio anuncia tristeza, que auguran el fin de un ciclo que es la vida.

Desde un banco contemplo el otoño. Me viene el recuerdo de los veinte años, en que era imposible la muerte. No existía para mí. La Fuente de la Fama tocando la trompeta es el ángel anunciando la derrota. Sus notas me sugieren los llantos de Boabdil el Chico al rendirse en la Alhambra.

La vida nos va descubriendo nuestros errores, que nos permiten verla a través de un cristal sin los colores de la juventud y que ponen nuestros pies y sentidos en la cruda realidad: desde que se nace hay que contar con la muerte…



8-11-2015

Julio Olmo